

Segunda Parte

La fase actual del capitalismo

*Historia universal
y globalización capitalista.
¿Cómo se presenta
y en qué consiste el problema?*

*Rubén Zardoya Loureda**

La literatura al uso desborda en signos de admiración por las trascendentes modificaciones que se operan en la sociedad contemporánea. Una multiplicidad aparentemente inconexa de términos –recién lanzados al mercado, resucitados o beneficiados por la coyuntura– da cuenta de esta admiración: “cambio civilizatorio”, “sociedad posindustrial”, “sociedad posburguesa”, “sociedad del postrabajo”, “era tecnocrática”, “era del vacío”, “posmodernidad”, “fin de la historia”, “mundialización”, “globalización” son algunos de ellos. ¿Qué les confiere unidad y los convierte en momentos unilaterales de una misma concepción? Por lo general, el desplazamiento o eliminación de las determinaciones de clase, modo de producción y formación económico-social; en una palabra, el rechazo a la concepción marxista de la historia.

* Las ideas expuestas en esta ponencia son resultado del trabajo de un colectivo de autores integrado por Rafael Cervantes Martínez, profesor del Instituto Técnico Militar “José Martí”, Felipe Gil Chamizo, funcionario del Departamento de Relaciones Internacionales del Partido Comunista de Cuba, Roberto Regalado Álvarez, coordinador del equipo de análisis del mencionado Departamento y Rubén Zardoya Loureda, decano de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana.

Con muy diversas acepciones, el término *globalización* –muy discreto antes de la desaparición de la Unión Soviética y los países socialistas de Europa– es el que se utiliza con mayor frecuencia para hacer referencia a la metamorfosis por la que atraviesa el modo de producción capitalista. Aunque es posible clasificar las teorías de la globalización a partir de las diferencias en los criterios analíticos utilizados, no existen explicaciones consensuales de este término; a lo sumo, se encuentran diversas elaboraciones que combinan –y, con frecuencia, confunden– las causas, expresiones y consecuencias del proceso histórico que se intenta designar con su ayuda. No pocos autores renuncian a ofrecer una explicación coherente de la transfiguración del mundo contemporáneo que vaya más allá de calificativos tales como “complejo”, “paradójico” o “contradictorio”. A ello suele asociarse la idea de que nos hallamos ante varias “globalizaciones simultáneas”, lo cual induce a la búsqueda de una “definición general” mediante la combinación ecléctica de “definiciones parciales”. Estas definiciones no sólo ponen el acento sobre un momento unilateral de las transformaciones que tienen lugar a ojos vista en el capitalismo contemporáneo, asociadas al desarrollo de la ciencia y la tecnología, el papel del mercado mundial, los flujos de capitales, la flexibilización del proceso productivo, la erosión del poder del Estado-nación o la “porosidad” de las fronteras, sino también proyectan la imagen de un proceso inexorable en su forma capitalista, fuera de la comprensión y el control de las naciones, las sociedades y los seres humanos. Si diéramos crédito a buena parte de la literatura contemporánea, tendríamos que llegar a la conclusión de que la civilización de entre milenios se encuentra postrada ante la globalización: le rinde culto como a un dios, o invoca a otros dioses para que protejan de ella a los mortales comunes.

La “globalización”, nos aseguran, ha hecho perder sentido a todos los aparatos categoriales –económico, político, social e ideológico– que articulaban el pasado inmediato, y ha desplazado al ser humano del papel de protagonista de la historia. “El mundo ya no es exclusivamente un conjunto de naciones, sociedades nacionales, estados-naciones, en sus relaciones de interdependencia, dependencia, colonialismo, imperialismo, bilateralismo, multilateralismo”; su centro “ya no es principalmente el individuo, tomado singular y colectivamente, como pueblo, clase, grupo, minoría, mayoría, opinión pública (...) De ahí nacen la sorpresa, el encanto y el susto. De ahí la impresión de que se han roto modos de ser, sentir, actuar, pensar y fabular”. Por lo general, las teorías sobre la “globaliza-

ción” aluden a ella como a un proceso que comienza con la súbita explosión del desarrollo económico, científico y tecnológico experimentado por el capitalismo durante las últimas décadas. Al comparar esta explosión con “las drásticas rupturas epistemológicas representadas por el descubrimiento de que la Tierra ya no es el centro del universo según Copérnico, el hombre ya no es hijo de Dios según Darwin, el individuo es un laberinto poblado de inconsciente según Freud”¹, Ianni –y no sólo él– va aún más allá: renuncia de manera explícita a considerar al capitalismo de nuestros días como resultado de un proceso histórico susceptible de ser comprendido por vía científica.

En uno de los estudios más representativos de los puntos de vista predominantes sobre el capitalismo contemporáneo, *Los límites a la competitividad*, publicado por el Grupo de Lisboa, se identifican en la literatura existente siete “tipos de globalización”, con sus correspondientes teorías. Vale la pena enumerarlas: 1) la *globalización de las finanzas y del capital*, que supone la desregulación de los mercados financieros, la movilidad internacional del capital y el auge de las fusiones de las empresas multinacionales; 2) la *globalización de los mercados y estrategias, y especialmente de la competencia*, basada en la unificación de actividades empresariales, el establecimiento de operaciones integradas –y de alianzas estratégicas a escala mundial; 3) la *globalización de la tecnología, de la investigación y desarrollo y de los conocimientos correspondientes*, a raíz de la expansión de las tecnologías de la información y la comunicación –consideradas como “enzima esencial”– que facilitan el desarrollo de redes mundiales en el seno de una compañía y entre diferentes compañías (la globalización como proceso de universalización del “toyotismo” en la producción); 4) la *globalización de las formas de vida y de los modelos de consumo (globalización de la cultura)*, asociada a la transferencia y el trasplante de formas de vida dominantes, la “igualación” de los medios de consumo, la transformación de la cultura en “alimentos culturales” y en “productos culturales”, la aplicación del GATT a los intercambios culturales y la acción planetaria de los medios de comunicación; 5) la *globalización de las competencias reguladoras y de la gobernación*, vinculada a la

1. Ver Octavio Ianni, *Teorías de la globalización*, Siglo Veintiuno Editores, México D. F., 1995, pp. 3-4.

disminución del papel de los gobiernos y parlamentos nacionales y a los intentos de diseño de una nueva generación de normas e instituciones para el gobierno del mundo; 6) la *globalización de la unificación política del mundo*, asentada en la integración de las sociedades mundiales en un sistema político y económico liderado por un poder central; y 7) la *globalización de las percepciones y la conciencia planetaria*, derivada del desarrollo de procesos culturales centrados en la idea de “una sola Tierra” y de movimientos que promueven el concepto de “ciudadano del mundo”. Como colofón, los autores declaran que “ninguno de los anteriores tipos de globalización ilustra del todo satisfactoriamente la naturaleza del proceso; de ahí que ningún especialista pueda pretender estar más cerca de la verdad que los demás”².

A diferencia de estas visiones insatisfactorias, el Grupo de Lisboa declara que su definición de globalización está muy cerca de la que proponen McGrew y sus colegas:

La globalización hace referencia a la multiplicidad de vínculos e interconexiones entre los Estados y las sociedades que construyen el actual sistema mundial. Describe el proceso a través del cual los acontecimientos, decisiones y actividades en cualquier lugar tienen repercusiones significativas en muy alejados rincones del mundo. La globalización se manifiesta en dos fenómenos diferentes: el del alcance (o extensión) y el de la intensidad (o profundización). Por un lado, define una serie de procesos que abarcan la mayor parte del globo o que operan a escala mundial; el concepto tiene, pues, una connotación espacial. Por otro lado, también implica una intensificación en los niveles de interacción, de interconexión o interdependencia entre los Estados y sociedades que integran la comunidad mundial³.

Aunque, según estos autores, la “globalización no significa que el mundo venga a estar políticamente más unido, ni que económica-

-
2. Ver Grupo de Lisboa (bajo la dirección de Ricardo Petrella), *Los límites a la competitividad*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, p. 52. Con este último criterio coincide Luis Javier Garrido, quien afirma que “las políticas llamadas ‘de la globalización’ han constituido un desafío al que hasta ahora los intelectuales no han sabido responder con claridad, y la confusión sigue prevaleciendo”. Luis Javier Garrido, “Nuevas reflexiones sobre el neoliberalismo realmente existente”, Introducción a *La sociedad global*, de Noam Chomsky y Heinz Dieterich, Editora Abril, La Habana, 1997, p. 7.
 3. Citado por Grupo de Lisboa (bajo la dirección de Ricardo Petrella), *op. cit.*, p. 53.

mente se haga más interdependiente o culturalmente más homogéneo"⁴, no cabe duda de que, también en este caso, nos hallamos ante una de las tantas definiciones sincrónicas y asépticas de la globalización "en general", que hacen caso omiso de la historia del modo capitalista de producción, desligan el proceso en cuestión de las necesidades de la reproducción del capital en cada etapa histórica concreta de su desarrollo y se regodean en consideraciones abstractas acerca de la "interacción", la "interconexión" y la propia "interdependencia", con el consiguiente escamoteo de las relaciones de dominación, subordinación y aplastamiento características del proceso de expansión del capitalismo.

Según el Grupo de Lisboa, "un nuevo credo recorre el mundo": el de la *competitividad*, "un medio convertido en fin y dotado del devastador sentido de confrontación y aniquilación de los rivales", "una ideología que se instala, aún más allá, en el santuario de lo incuestionable". La competitividad, se nos dice, es una deformación grotesca y evitable de la *competencia* (capitalista), considerada esta última como "una de las primeras causas de movilización, creatividad e, incluso, de convivencia..."⁵. La esencia del problema radica en que la inexorable globalización capitalista de la economía desatará fuerzas destructivas incontrollables hasta tanto la humanidad no sea capaz de construir un "gobierno mundial eficaz" que imponga límites a los desenfrenos de la competitividad. La tarea consiste en alcanzar mediante la negociación, cuatro "contratos sociales globales"⁶ entre los representantes de los gobiernos, las empresas transnacionales y la "sociedad civil mundial" (sic!), capaces de sentar las bases de la institucionalidad global por construir, a saber, "el contrato con las necesidades básicas", que garantice el suministro de agua a 2500 millones de personas, alojamiento a 1500 millones y electricidad a 4000 millones; "el contrato cultural", que promueva la tolerancia y el diálogo entre las culturas; "el contrato

4. *Ídem*.

5. *Ibid.*, p. 11.

6. Por "contrato global" –escriben los autores– "se entiende la definición y promoción de principios, fórmulas institucionales, mecanismos financieros y prácticas conducentes a someter la asignación de los recursos materiales e inmateriales del mundo al interés general y, más concretamente, a la satisfacción de las necesidades esenciales de los pueblos más pobres. El objetivo de cada contrato global "social" es estimular el desarrollo de la riqueza mundial en la forma más aceptable desde el punto de vista humano, social, económico, medioambiental y político". *Ibid.*, p. 188.

democrático”, que elimine “la creciente discrepancia entre un poder económico organizado a escala mundial mediante redes globales de empresas y un poder político que sigue anclado en el marco nacional”, y “el contrato con la Tierra”, llamado a “acelerar la puesta en marcha de los compromisos y preceptos” adoptados en la Cumbre de la Tierra, celebrada en Rio de Janeiro en 1992⁷.

No es nueva en la historia esta postura teórica y práctica que explica el origen de las instituciones sociales a través del establecimiento de “pactos” entre los hombres y apela sin descanso a las buenas voluntades y las buenas razones, sin tomar en cuenta las leyes inmanentes del proceso histórico; en este caso, de la producción capitalista (en particular, la ley de la plusvalía). Los espectros de Hobbes continúan haciendo de las suyas, ahora “de forma globalizada”. En condiciones en que, bajo los efectos de una libertad incontrolada, el hombre continúa siendo “el lobo del hombre” y la vida en sociedad se presenta aún como una “lucha de todos contra todos”, los individuos y grupos sociales no tienen otra opción que la de ceder una porción de su soberanía a una autoridad superior capaz de garantizar, aun a costo de la tiranía, las condiciones indispensables para que los unos no terminen devorando a los otros. El quid del asunto radica en la capacidad de negociación, de lograr un consenso, pactar, suscribir compromisos (tanto más efectivos si son refrendados por las leyes), de modo tal que se pueda alcanzar una forma de organización social en la que, según palabras de Lenin, los lobos estén hartos y las ovejas intactas. En el caso que nos ocupa, son aplicables por entero las célebres palabras del *Manifiesto del Partido Comunista* referidas al socialismo burgués:

Los burgueses socialistas quieren perpetuar las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas y los peligros que surgen fatalmente en ellas. Quieren perpetuar la sociedad actual sin los elementos que la revolucionan y descomponen. Quieren la burguesía sin el proletariado. La burguesía, como es natural, se representa el mundo en que ella domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués hace de esta representación consoladora un sistema más o menos completo. Cuando invita al proletariado a llevar a la práctica su sistema y a entrar en la nueva Jerusalén, no hace otra cosa, en el fondo, que inducirle a continuar en la sociedad actual, pero despojándose de la concepción odiosa que se ha formado en ella⁸.

7. *Ibid.*, pp. 186-202.

Una idea clave constituye el cimiento de todas estas construcciones: el derrumbe del socialismo eurosoviético ha devuelto a la historia su "cauce natural": el de la ampliación indetenible –y deseable– del "área geográfica del mercado" o, sin eufemismos, el de la universalización del capitalismo. La globalización, se nos instruye, constituye el fundamento inexorable del "nuevo orden" "poscomunista" mundial. Vivimos en una "aldea global", vale decir, en una comunidad capitalista mundial en proceso de armonización y homogeneización, poblada por toda suerte de aparatos electrónicos que acortan tiempos y distancias y universalizan las condiciones de vida y las "fabulaciones" humanas. La aldea global viste, calza, come y sueña las mercancías producidas en una "fábrica global", un universo de relaciones capitalistas de producción cualitativa y cuantitativamente nuevas, que no conoce departamentos estancos y ha recibido de una deidad ignota el mandato de absorber los restantes modos de producción y organización social. Las economías nacionales y los diversos sectores económicos se convierten en talleres de esta fábrica, se "entrelazan" progresivamente y revelan su carácter "complementario". Esta interpenetración favorece la "movilidad de hombres y capitales", con los consecuentes beneficios en términos de "libertad individual". Supuestamente, la apertura de la competencia internacional es justamente lo que beneficia al mayor número de empresas y de consumidores, con independencia de su procedencia nacional, clasista o de cualquier otra índole. La "interconexión" de los mercados financieros logra, incluso, cubrir el déficit de capital en los países en que existe "un excedente de fuerza laboral", lo cual –repárese en ello– favorece su desarrollo. La prosperidad y estabilidad del mundo capitalista desarrollado "se derrama" en las economías de los países subdesarrollados que comercian con ellos, con lo cual se confiere un mayor equilibrio al balance económico mundial. La producción y la circulación de la riqueza se libran de las ataduras territoriales y de la soberanía de los Estados nacionales, y un nuevo tipo de soberanía, basada en la "cooperación", la "interdependencia", la "reciprocidad", la "cohesión" y la "solidaridad", renace bajo la forma de la supranacionalidad. La globalización, en fin, fomenta una significativa ampliación del "área de la modernidad" y un aumento de la "sintonía" entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado. Parecería

8. Carlos Marx y Federico Engels, "Manifiesto del Partido Comunista", en *Obras Escogidas en 3 tomos*, t. I, Editorial Progreso, Moscú, 1973, p. 135.

que el imperialismo –ese sujeto al que debíamos y podíamos derrotar– se ha esfumado y, en su lugar, ha aparecido un sujeto nuevo e invulnerable, “la globalización”. Se trata, insistamos, de un proceso inexorable; todo intento de resistirse a él u orientarlo en un sentido diferente constituye una quimera. Una “nave espacial” sin piloto transporta a los habitantes del planeta hacia un sitio desconocido y perdido en el cosmos.

Las construcciones científico-tecnológicas –basadas en el amontonamiento factográfico de los más inverosímiles descubrimientos e innovaciones– constituyen el fundamento más generalizado de estas explicaciones. Ha llegado a convertirse en un lugar común la deducción de todos los cambios que se producen en la “aldea global” a partir del desarrollo de la ciencia y la tecnología, consideradas, como norma, al margen del análisis de las leyes sociales, en particular, económicas. De ciencia y tecnología se habla con independencia de la reproducción del valor del capital y de las clases sociales en pugna, en una palabra, de su forma capitalista. Parecería que ambas figuras mitológicas van andando con sus propios pies y que asistimos boquiabiertos a una carrera desenfrenada en pos de ellas. Así las cosas, no sólo el individuo común y corriente debe ajustar sus normas de conducta y su vida al poder impersonal de la ciencia y la tecnología, sino también, y en no menor medida, los grandes dueños de este planeta: los monopolios transnacionales.

A pesar de la noción de inexorabilidad que conlleva este determinismo científico tecnológico, los hombres y mujeres de carne y hueso podemos hacer algo más que cruzarnos de brazos. Si bien es cierto, nos dicen, que la globalización implica un “mayor bienestar generalizado” y entraña un amplio ramillete de “oportunidades”, no cabe duda que también comporta determinados “riesgos” y “retos”, a saber: puede provocar cierta asimetría en los niveles de desarrollo, no procurar a todos las mismas “ventajas”, destruir vetustas redes de solidaridad y lazos sociales y territoriales, provocar pérdidas de seguridad y crisis de identidad por parte de diversos sectores de la población, poner en jaque la cultura y la tradición histórica de los pueblos, conducir al aumento de las migraciones y al resurgimiento de fundamentalismos nacionales y religiosos, dificultar la determinación precisa de los “límites de desigualdad aceptables”. Al nivel de Estado –y aquí comienzan las recetas–, se impone la creación de estructuras “capaces de afrontar la competitividad”, “burocracias eficaces”, el establecimiento de “un rigor financiero muy severo”, “flexibilidad laboral”, “revisión del Estado social”. Se impone, así mismo, alcanzar un “pacto de gobernabilidad

global”, encontrar normas adecuadas para “gobernar el mundo globalizado”, “reglas legitimadoras” de las decisiones a escala mundial, congruentes con la globalización económica⁹, en cuya formulación participen por igual los “países del Norte” y los “países del Sur”, gobiernos y organizaciones no gubernamentales, comunidades locales e instituciones internacionales. Estos y otros retos y riesgos deben ser afrontados de consuno por todos los “actores” mundiales, so pena de que se reproduzcan las condiciones que provocaron las conocidas “revueltas contra el mercado” que agitaron todo el siglo XX.

En particular, los países del Tercer Mundo han de poner todo su celo en la observancia de un pequeño número de imperativos ineludibles: garantizar la “apertura económica”, privatizar y liberalizar “con espíritu pragmático”, crear espacios económicos sin fronteras capaces de generar riqueza y “amortiguar los riesgos de la globalización”, ingeniárselas para obtener la “colaboración” de socios capaces de asegurarles ganancias; “adaptar” los Estados de forma tal que resulten aptos para la competencia, consolidar las “instituciones democráticas”, promocionar las “libertades fundamentales” y los “derechos humanos”; reanudar el “diálogo” con los países desarrollados e incrementar su “participación” en las organizaciones internacionales; aceptar someterse a “controles de eficacia, de democracia, de competitividad”; renunciar al nacionalismo y a las posturas “antioccidentales”, asumir el modelo de las naciones desarrolladas, sustentado en el espíritu empresarial, la innovación tecnológica y la capacidad de dirección, trabajar “de conjunto” con ellas y ofrecer la misma respuesta que ellas a la globalización. Aprender, en fin, a “medirse con el mundo moderno”. Las “peculiaridades” nacionales y regionales no interfieren con las tendencias generales. Ha terminado la era de un mundo subdesarrollado no homologable con los países del Primer Mundo¹⁰.

Los teóricos de la globalización neoliberal –que suelen presentarla como un dios caído del cielo en las postrimerías del siglo XX– apenas recuerdan el largo camino de la noción de una historia uni-

9. “Esa es la gran contradicción que tendremos que enfrentar en el siglo XXI: a la globalización del sistema productivo, del área económica, no le siguió en la misma proporción una definición, también global, en el plano del poder”. Fernando Henrique Cardoso, “Gobernabilidad y democracia: desafíos contemporáneos”, en *Gobernar la globalización*, Ediciones Demos, México D. F., 1997, p. 19.

versal (“global”), asociada por los iluministas franceses y, posteriormente, por el idealismo clásico alemán, a la noción del progreso y de la humanidad como un todo único, con orden, significado, sentido, fuerzas motrices y finalidad –externa o inmanente–, como sucesión de formas que constituyen momentos de un devenir absoluto. En efecto, a diferencia de la concepción medieval clásica de la historia, basada en la idea de una providencia divina que se expresa en ella y la dirige, la Ilustración tenía como una de sus premisas fundamentales la existencia de leyes históricas naturales. A través de la obra de Condorcet, Herder, Voltaire, Montesquieu, Rousseau y otros tantos pensadores del “siglo de las luces”, la historia humana comenzó a ser vista como un progreso único sin desviaciones de lo inferior a lo superior, que no sólo involucra los acontecimientos políticos, sino la cultura toda, entendida en sentido amplio mediante la aplicación temprana del método comparativo. Los idealistas clásicos alemanes –Kant, Fichte, Schelling, Hegel– partían de premisas análogas: en su filosofía, el desarrollo social se presentaba como un proceso necesario y sujeto a leyes, aunque esta necesidad no fuera deducida de la

-
10. Ver Lamberto Dini, Conferencia Magistral dictada en el Aula Magna de la Universidad de La Habana el 10 de junio de 1998 (material repartido entre los asistentes). Un plan de acción “ante la globalización” –más edulcorado e igualmente irrealizable en los marcos del capitalismo– es presentado por los participantes en la “Cumbre Regional para el Desarrollo Político y los Principios Democráticos”, realizada en Brasilia en julio de 1997, quienes también parten del supuesto de la inexorabilidad de la globalización capitalista e intentan reformarla sobre la base de “principios éticos y democráticos”: “Los principios democráticos se expresan hoy como política de la inclusión. Ésta exige de nosotros cuando menos ocho compromisos. El primero, desterrar la corrupción de la política. El segundo, resolver los conflictos de intereses dentro de los países, en democracia y por la vía del diálogo y la negociación. El tercero, detener el armamentismo, especialmente de alta tecnología, propiciado por los países productores de armas, y proscribir la guerra como forma de solución de disputas fronterizas. El cuarto, procurar la seguridad y la paz para todos. El quinto, darle prioridad a la infancia y a la juventud en la solución de los problemas sociales (...) El sexto, eliminar la impunidad de las autoridades públicas y de todos los poderes fácticos, y propiciar la capacidad de los ciudadanos para ejercer el debido control del poder. El séptimo, impartir educación para todos a lo largo de toda la vida, garantizando la igual calidad de la misma. El octavo, conservar el medio ambiente, la biodiversidad y la calidad de la vida urbana”. “Plan de Acción de la Cumbre Regional para el Desarrollo Político y los Principios Democráticos”, Brasilia, 6 de julio de 1997, en *Gobernar la globalización*, ed. cit., p. 234.

propia historia, considerada como un movimiento de realización paulatina de determinadas ideas abstractas. A pesar de que, por lo general, esta filosofía de la historia se hallaba divorciada de los acontecimientos empíricos y de que, en no pocos casos, subrayaba su desprecio por ellos, partía de la idea de que sólo el estudio de la historia universal hace posible comprender la racionalidad del proceso histórico. No se trataba de meras especulaciones, sino de expresiones parciales y, como norma, unilaterales e hiperbolizadas, de las transformaciones en la vida económica, política y cultural que se iban verificando en la sociedad europea con el desarrollo y el afianzamiento del capitalismo y de su política colonial.

Pero no es éste el único olvido en que incurren los cultores del fetiche de la globalización: tampoco constatan que uno de los pilares de la concepción marxista de la historia moderna es la idea de la ruptura necesaria y objetiva de las barreras de todo tipo, incluidas las nacionales, que obstaculizan el libre desarrollo de las relaciones sociales. Frente a esta amnesia, es preciso insistir en que el pensamiento emancipador marxista tiene como premisa el reconocimiento de que, a partir del afianzamiento de las relaciones capitalistas de producción y del surgimiento de la gran industria y del mercado mundial, la historia de la humanidad deviene en *historia universal*, se va constituyendo progresivamente como una totalidad universal con respecto a la cual cada uno de los pueblos y naciones constituyen momentos orgánicos¹¹. “Cuanto más se destruye el primitivo encerramiento de las diferentes nacionalidades por el desarrollo del modo de producción, del intercambio y de la división del trabajo que ello hace surgir por vía espontánea entre las diversas naciones –escriben Marx y Engels en *La ideología alemana*–, tanto más la historia se convierte en historia universal...”¹². Y en el *Manifiesto del*

11. “La unidad de la economía mundial, con la integración de todas sus partes sin excepción en un sistema de relaciones labrado por el capital y colocado bajo la dominación de los países capitalistas centrales, es una realidad desde hace un siglo. El ‘mercado mundial’ ya estaba constituido cuando Marx escribía y había evolucionado en su constitución sistémica cuando aparecieron los escritos clásicos sobre el imperialismo de Rosa Luxemburgo, Rudolf Hilferding, Nicolás Bujarin y Vladimir Lenin”. François Chesnais, “Contribución al debate sobre la trayectoria del capitalismo a finales del siglo XX”, en Renán Vega Cantor (Editor), *Marx y el siglo XXI. Una defensa de la historia y el socialismo*, Ediciones Pensamiento Crítico, Bogotá, 1997, p. 400.

Partido Comunista consignan con palabras que parecen más bien una premonición:

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento y la amargura de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual¹³.

A diferencia de la visión que resulta de las geniales especulaciones del pensamiento precedente, Marx y Engels demuestran que la historia universal no existió siempre, sino *constituye un resultado del proceso histórico*, a saber, el proceso de progresiva y necesaria universalización de las relaciones capitalistas de producción. En los marcos

-
12. Carlos Marx y Federico Engels, "Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista (I Capítulo de *La ideología alemana*)", en *Obras Escogidas en 3 tomos*, Editorial Progreso, Moscú, 1973, t. 1, p. 36. "La gran industria –escriben más adelante los autores– universalizó la competencia (...), creó los medios de comunicación y el moderno mercado mundial, sometió a su férula el comercio, convirtió todo el capital en capital industrial y engendró, con ello, la rápida circulación (el desarrollo del sistema monetario) y la centralización de los capitales. Por medio de la competencia universal obligó a todos los individuos a poner en tensión sus energías hasta el máximo. (...) Creó por primera vez la historia universal, haciendo que toda nación civilizada y todo individuo, dentro de ella, dependiera del mundo entero para la satisfacción de sus necesidades y acabando con el exclusivismo natural y primitivo de naciones aisladas, que hasta ahora existía. (...) Finalmente, mientras la burguesía de cada nación seguía manteniendo sus intereses nacionales aparte, la gran industria creaba una clase que en todas las naciones se movía por el mismo interés y en la que quedaba ya destruida toda nacionalidad..." *Ibid.*, p. 60.
 13. Carlos Marx y Federico Engels, "Manifiesto del Partido Comunista", *ed. cit.*, p. 114.

de las formaciones sociales primitiva, esclavista y feudal, la historia de la humanidad se desarrollaba como una serie de procesos locales paralelos; a pesar de que, en su decursar, los nexos e influencias mutuas entre los pueblos (el comercio, las migraciones, y las relaciones culturales), se hacían cada vez más estrechos y estables, éstos tenían un carácter episódico y, lejos de constituir una necesidad interna para su desarrollo, eran destruidos con frecuencia por la influencia de diversas causas externas. Las sociedades precapitalistas se encontraban tan aisladas del resto del mundo que, con frecuencia, al ser barridas por la historia, se llevaban consigo su cultura material y espiritual¹⁴. Sólo el capitalismo, al crear un mercado mundial único, dio origen a un proceso de universalización de la historia en sentido estricto, es decir, transformó el nexo casual y episódico existente entre los pueblos, en un nexo necesario y constante, llamado a superar el enclausamiento precedente de las diferentes comunidades humanas.

Desde este punto de vista, la universalización de la historia no constituye una tendencia abstracta *–per se–* hacia la interconexión de los destinos humanos, inscrita en alguna página del libro de la Providencia o en las conclusiones de una doctrina filosófica, política o económica, sino la *forma histórica necesaria en que tiene lugar la formación, la consolidación y la expansión del modo capitalista de producción*. Desde sus propios orígenes, este modo de producción desató el proceso de universalización de las relaciones humanas, al barrer con las trabas de las sociedades anteriores y simplificar la estructura social, suprimir el fraccionamiento de las relaciones económicas, la propiedad y la población. El agente transformador de esta historia fue el capital *–no la carabela, la brújula o el astrolabio–*, con su inmanente tendencia expansiva y su necesidad de conquistar nuevos territorios. *La formación de la historia universal tiene lugar a través de la creación del sistema colonial del capitalismo y la explotación –en primer término, la esclavización– de la enorme mayoría de la humanidad por la burguesía de un grupo de naciones europeas*. Marx y Engels no sólo destacan la decisiva significación de las colonias para la instauración de la sociedad burguesa, sino establecen un vínculo orgánico entre el proceso de acumulación originaria del capital y la consolidación del

14. Ver Carlos Marx y Federico Engels, "Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista" (I Capítulo de *La ideología alemana*), ed. cit., p. 54.

modo de producción capitalista a escala universal, por una parte, y el surgimiento y desarrollo del sistema colonial, por otra:

La manufactura y, en general, el movimiento de la producción experimentaron un auge enorme gracias a la expansión del trato como consecuencia del descubrimiento de América y de la ruta marítima hacia las Indias orientales. Los nuevos productos importados de estas tierras, y principalmente las masas de oro y plata lanzadas a la circulación, hicieron cambiar totalmente la posición de unas clases con respecto a otras y asestaron un rudo golpe a la propiedad feudal de la tierra y a los trabajadores, al paso que las expediciones de aventureros, la colonización y, sobre todo, la expansión de los mercados hacia el mercado mundial, que ahora se hacía posible y se iba realizando día tras día, daban comienzo a una nueva fase del desarrollo histórico (...) La colonización de los países recién descubiertos sirvió de nuevo incentivo a la lucha comercial entre las naciones y le dio, por tanto, mayor extensión y mayor encono¹⁵.

Sin embargo, es importante señalar que, según Marx y Engels, la sociedad capitalista sólo es capaz de crear las condiciones para una auténtica universalización de las relaciones entre los hombres, identificada por ellos con el proceso de liberación de cada individuo concreto en la multiplicidad de sus nexos sociales. En su opinión, la historia sólo puede convertirse totalmente en historia universal o, lo que es lo mismo, en verdadera historia humana, bajo las condiciones de una revolución comunista mundial:

15. *Ibíd.*, p. 56. Ver también Carlos Marx y Federico Engels, "Manifiesto del Partido Comunista", *ed. cit.*, p. 112. Si bien durante el período de la acumulación originaria del capital, el saqueo había sido la característica fundamental de la relación de las metrópolis europeas con sus colonias, ya hacia mediados del siglo XVII estas últimas comenzarían a convertirse también en mercados de consumo y contribuirían a incrementar el comercio exterior de las metrópolis. Con el advenimiento del capitalismo industrial, la importancia del comercio exterior con las colonias alcanza tales proporciones que éstas se convierten en eslabones imprescindibles del mercado mundial. Ver "Prólogo" a Carlos Marx y Federico Engels, *Sobre el sistema colonial del capitalismo*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1964, pp. 7-25. Sustituyendo el término clásico de *historia universal* por el de *globalización*, David Harvey escribe con toda razón: "Ciertamente desde 1492, e incluso desde antes, empezó el proceso de globalización del capitalismo y nunca ha dejado de revestir una profunda importancia en su dinámica. Por eso, la globalización ha sido una parte integral del desarrollo capitalista desde su mismo nacimiento". David Harvey, "La globalización en cuestión", en Renán Vega Cantor (Editor), *Marx y el siglo XXI. Una defensa de la Historia y del Socialismo*, *ed. cit.*, p. 420.

Con el derrocamiento del orden social existente por obra de la revolución comunista (...), la liberación de cada individuo se impone en idéntica medida en que la historia se convierte en historia universal (...). Sólo así se liberan los individuos concretos de las diferentes trabas nacionales y locales, se ponen en contacto práctico con la producción (incluyendo la espiritual) del mundo entero y se colocan en condiciones de adquirir la capacidad necesaria para poder disfrutar de esta multi-forme y completa producción de toda la tierra (las creaciones de todos los hombres). La dependencia omnímoda, forma plasmada espontáneamente de la cooperación histórico-universal de los individuos, se convierte, gracias a esta revolución comunista, en el control y la dominación consciente sobre estos poderes, que, nacidos de la acción de unos hombres sobre otros, hasta ahora han venido imponiéndose a ellos, aterrándolos y dominándolos, como potencias absolutamente extrañas¹⁶.

Esta es exactamente la perspectiva de Lenin, quien asume como punto de partida teórico y práctico el hecho de que Marx y Engels habían demostrado el carácter inexorable del movimiento del capitalismo hacia una totalidad mundial y que este movimiento sólo podría concluir con la superación histórica de esta formación económico social y la construcción de la sociedad comunista. Sobre esta base, su atención se centró en la comprensión de la *forma histórica concreta* en que tenía lugar el proceso de universalización del capitalismo y de las *contradicciones antagónicas* que este proceso engendraba en el período de transición del capitalismo premonopolista al monopolista. En otros términos, *su atención se centró en el estudio del imperialismo, que inauguraba una nueva etapa en el proceso de universalización de la historia*, signada ahora por el imperio del capital monopolista sobre los destinos humanos. El interés de Lenin no era sólo teórico: de las conclusiones a las que arribara dependían la estrategia y las tácticas de lucha del partido bolchevique, orientadas a acelerar la revolución comunista mundial o, lo que es lo mismo, a impulsar por vía comunista la universalización del proceso histórico.

El propósito de Lenin no era constatar de forma abstracta la nueva escalada en el proceso de interconexión de todos los pueblos y naciones, en virtud, digamos, de la generalización del ferrocarril, el automóvil, la incipiente aviación u otras “maravillas” de la ciencia y la tecnología, sino en demostrar que la concentración del capital, el monopolio y, en consecuencia, la negación de la libre competencia, habían conducido a que la

16. Carlos Marx y Federico Engels, “Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista” (I Capítulo de *La ideología alemana*), ed. cit., pp. 36-37.

universalización del proceso histórico desde las primeras décadas del siglo XX tuviera lugar a través de la expansión imperial (en “sentido moderno”) de las principales potencias capitalistas y de un nuevo reparto del mundo entre ellas, realizado por la fuerza:

El capitalismo ha desarrollado la concentración hasta tal extremo que ramas enteras de la industria se encuentran en manos de consorcios, trusts, asociaciones de capitalistas multimillonarios; y casi todo el globo terrestre está repartido entre estos “reyes del capital”, bien en forma de colonias o bien de países envueltos en las tupidas redes de la explotación financiera. La libertad de comercio y la competencia han sido sustituidas por la tendencia al monopolio, a la conquista de tierras necesarias para invertir en ellas capital, sacar de ellas materias primas, etcétera¹⁷.

Por supuesto, Lenin no se regodea con palabras incoloras e indeterminadas del tipo “interacción”, “interconexión” e “interdependencia”; su exposición, por el contrario, desborda en términos precisos y “duros”, en correspondencia con la naturaleza objetiva de los procesos históricos que analiza: “opresión”, “saqueo”, “anexión”, “conquista a sangre y fuego”, “maquinaria de exterminio”, “explotación de las colonias”, “explotación de negros, hindúes”, de “indígenas tratados bestialmente”, “conversión del mundo ‘civilizado’ en un parásito que vive sobre el cuerpo de los centenares de millones de hombres de los pueblos no civiliza-

17. Vladimir Ilich Lenin, “El socialismo y la guerra”, en *Obras Completas*, t. 26, pp. 331-332 (el subrayado es nuestro). “El mundo –puntualiza Lenin– está ya repartido entre un puñado de grandes potencias, es decir, de potencias que prosperan en el gran saqueo y opresión de las naciones. Cuatro grandes potencias de Europa –Inglaterra, Francia, Rusia y Alemania– con una población de 250 a 300 millones de habitantes y con un territorio de unos 7 millones de kilómetros cuadrados, tienen colonias con una población de casi quinientos millones de habitantes (494,5 millones) y con un territorio de 64,6 millones de kilómetros cuadrados, es decir, casi la mitad de la superficie del globo (133 millones de kilómetros cuadrados sin la zona polar). A ello hay que añadir tres Estados asiáticos –China, Turquía y Persia–, que en la actualidad están siendo despedazados por los saqueadores que hacen una guerra de “liberación”, a saber, por el Japón, Rusia, Inglaterra y Francia. Estos tres Estados asiáticos, que pueden denominarse semicolonias (en realidad, son ahora colonias en un 90%), cuentan con una población de 360 millones de habitantes y una superficie de 14,5 millones de kilómetros cuadrados (es decir, casi el 50% más que la superficie total de Europa). (...) Así es como, en la época del más alto desarrollo del capitalismo, está organizado el saqueo de cerca de mil millones de habitantes de la Tierra por un puñado de grandes potencias. Y en el capitalismo es imposible cualquier otra organización”. Vladimir Ilich Lenin, “La consigna de los Estados Unidos de Europa”, en *Obras Completas*, t. 26, pp. 375-376.

dos, “consolidación de la esclavitud en las colonias mediante un reparto más ‘justo’ y una explotación más ‘aunada’ de las mismas”, “prolongación de la esclavitud asalariada”¹⁸.

Por otra parte, aunque, como norma, la literatura contemporánea lo ignora o se esfuerza por ignorarlo, desde las primeras décadas del siglo, la eventualidad de una integración supranacional del capitalismo monopolista se había situado en el centro del debate teórico. Al revelar el carácter apologetico de la teoría del “ultraimperialismo” de Kautsky y de la concepción del “interimperialismo” de Hobson, según las cuales el desarrollo de los monopolios conduciría a la atenuación de las desigualdades y de las contradicciones de la economía mundial, Lenin resaltaba los hechos económicos, políticos y sociales que evidenciaban la agudización de los conflictos existentes entre las principales potencias imperialistas, y demostraba que la expansión del capital financiero conduce a la acentuación progresiva de las contradicciones en sus ritmos de crecimiento y que las únicas vías –siempre temporales– para la solución de estas contradicciones son la crisis y la guerra. Así mismo, ponía de manifiesto que las mayores conquistas alcanzadas por el naciente imperialismo en materia de concentración económica se verificaban, fundamentalmente, en el plano nacional. Aunque Lenin no descartaba la posibilidad de una transnacionalización del imperialismo, partía del supuesto de que esta tendencia –por cierto, muy abstracta en su época– estaría condicionada por la resistencia y la oposición que éste encontrara en su desarrollo, en especial, por los plazos históricos en que tuviera lugar la revolución mundial contra el capital. La forma y los límites del desarrollo transnacional del capitalismo monopolista de Estado estarían determinados de forma sustancial por los desafíos políticos que lograran imponerle las fuerzas del trabajo que, a su pesar, él mismo contribuía a organizar.

No cabe duda –afirma Lenin– de que la tendencia del desarrollo es *hacia* un trust único mundial, que absorberá todas las empresas sin

18. Ver en las *Obras Completas* de Vladimir Ilich Lenin, por ejemplo: “El derecho de las naciones a la autodeterminación”, t. 25; “La bancarrota de la II Internacional”, t. 26; “El socialismo y la guerra”, t. 26; “La consigna de los Estados Unidos de Europa”, t. 26; “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, t. 27; “El programa militar de la revolución proletaria”, t. 30; “El imperialismo y la escisión del socialismo”, t. 30; “La revolución proletaria y el renegado Kautsky”, t. 37.

excepción y todos los Estados sin excepción. Pero ese desarrollo se opera en tales circunstancias, con tal ritmo, en medio de tales contradicciones, conflictos y conmociones –no sólo económicos, sino también políticos, nacionales, etc., etc.– que sin duda alguna *antes* de que se llegue a un trust mundial único, a una asociación mundial “ultraimperialista” de los capitales financieros nacionales, el imperialismo deberá inevitablemente estallar y el capitalismo se transformará en su contrario¹⁹.

Este contrario, por supuesto, es la *revolución comunista* que, en una determinada fase de su desarrollo, tendría a los “Estados Unidos del Mundo” como “forma estatal de unificación y libertad de las naciones”²⁰, por oposición a la idea de un Estado mundial imperialista destinado a garantizar las condiciones políticas necesarias para asegurar el imperio de un eventual monopolio económico universal.

Rebasaría los límites de este artículo referirnos con detalle a tres procesos históricos que incidieron de manera decisiva en la marcha hacia la universalización de las relaciones humanas: por una parte, la revolución de octubre de 1917 y el surgimiento del campo socialista mundial tras el fin de la segunda guerra mundial –que abrieron una oportunidad malograda de facilitar el avance de la humanidad hacia la construcción de una totalidad orgánica universal comunista, por oposición al entonces incipiente proceso de transnacionalización del capital monopolista–; y, por otra, la desaparición de la Unión Soviética y los Estados socialistas europeos, como proceso regresivo que sirvió de catalizador de la metamorfosis del capitalismo monopolista de Estado en capitalismo monopolista transnacional y constituyó el fundamento objetivo de las más recientes apologías del modo capitalista de producción cobijadas bajo la bata esterilizada de “teorías de la globalización”.

De manera que “globalización” en modo alguno constituye una *nueva categoría*, una nueva tendencia o forma histórica de organización de las relaciones sociales de producción material y espiritual, sino apenas una *nueva manera de designar* un proceso histórico de larga data, intuido por la filosofía de la historia de los siglos XVIII y XIX y explicado científicamente por Marx y Engels. En todo caso, la

19. Vladimir Ilich Lenin, “Prefacio al folleto de Bujarin ‘La economía mundial y el imperialismo’”, en *Obras Completas*, t. 27, p. 103.

20. Ver Vladimir Ilich Lenin, “La consigna de los Estados Unidos de Europa”, *ed. cit.*, p. 377.

idea de que la humanidad representa un todo único, o bien progresa hacia una totalidad histórica universal, llegó a convertirse en una plaza fuerte e, incluso, en un lugar común para lo más avanzado del pensamiento filosófico y social de aquella época. Por consiguiente, la tarea no consiste hoy en demostrar por enésima vez que la humanidad avanza hacia una totalidad mundial, mediante la sustitución del término clásico de *historia universal* por el de *globalización*, *mundialización* o cualquier otro. La reedición en nuestros días de las consideraciones y discusiones abstractas antaño suscitadas al respecto no pasa de ser un divertimento académico o la ejecución de una estrategia diseñada para desviar la atención de uno de los problemas cardinales que se alzan ante el pensamiento revolucionario: el problema de *la forma capitalista, incluida la forma imperialista*, en que ha tenido y tiene lugar la universalización (o, si se quiere, la “globalización”) de la historia, el problema de sus fuerzas motrices y de sus determinaciones y contradicciones históricas concretas –económicas, políticas, sociales e ideológicas. Las teorías actuales de la globalización, como norma, no hacen más que regresar en forma vulgar al nivel de desarrollo conceptual alcanzado por el pensamiento premarxista. La renuncia voluntaria o involuntaria al método marxista de análisis del modo de producción capitalista y su sustitución por un pluralismo metodológico difuso y por una amalgama de datos empíricos y elucubraciones de carácter general conduce, también en este caso, a la volatilización de las determinaciones capitalistas del proceso de universalización de la historia humana, a la hiperbolización e hipertrofia de unos u otros momentos suyos –neutros en apariencia con respecto a toda determinación de formación económico social–, sobre todo de aquellos que presentan el espurio “rostro humano” de los adelantos científico-tecnológicos. El cuadro idílico que resulta de esta maniobra de ilusionista se aviene en grado sumo con los intereses del sector de la burguesía que promueve un “nuevo orden” capitalista transnacional e intenta presentarlo como “el mejor de los mundos posibles”.

Por supuesto, nada hay que objetar a la utilización del término *globalización* en el sentido de la *forma* actual en que tiene lugar el proceso de universalización del desarrollo histórico de la humanidad, salvo que se pasen por alto las sutilezas que se esconden detrás de sus resonancias cabalísticas. Tenemos en cuenta, *primero*, la idea engañosa de que es posible distinguir la “globalización como tal” (en sí o por sí) de la globalización del capitalismo, mediante una abstracción del proceso histórico

real de reproducción del capital que constituye su contenido; en tal caso, se supone implícitamente que las abstracciones tienen una existencia real junto a los objetos o procesos de los cuales constituyen un momento y, en correspondencia, que al lado o por encima del proceso de globalización del capital, existe alguna otra globalización en abstracto (por lo general, la globalización de la ciencia y la tecnología consideradas como sujetos autodeterminados); *segundo*, la representación de que la globalización supone una ruptura radical con la historia precedente del capitalismo (y no únicamente una *metamorfosis* de este modo de producción), de la cual se deriva buena parte de la diversidad infinita de pseudoconceptos iniciados con el prefijo “post” que engalana la literatura de las dos últimas décadas y pretende desvirtuar el aparato categorial elaborado por Marx para el análisis de la sociedad burguesa; *tercero*, la representación difusa de que existen “muchas globalizaciones” yuxtapuestas, destinada a arrojar sombra sobre la determinación esencial de este proceso único: la forma actual en que tiene lugar la reproducción del capital; *cuarto*, la hiperbolización, implícita en imágenes tales como “aldea global” o “sociedad global”, de los niveles reales alcanzados por el proceso de universalización de la historia humana, que contribuye a ocultar o atenuar las contradicciones y conflictos reales que gravan este proceso; *quinto*, la noción desmovilizadora, promovida por el discurso neoliberal, de que la humanidad avanza hacia una totalidad social (capitalista) homogénea de la que todas las naciones y todos los ciudadanos del planeta son o serán beneficiarios; *sexto*, la tendencia a sustituir con el término *globalización* –utilizado con frecuencia en un sentido aséptico– los conceptos de capitalismo, imperialismo, colonialismo, neocolonialismo, dominación y otros que expresan de forma adecuada la esencia de la etapa actual de universalización de la historia humana; *séptimo*, la percepción de que la expansión global de la dominación capitalista ha cerrado toda posibilidad a las luchas de los explotados y los oprimidos contra el capital, o, en otros términos, el reconocimiento implícito o explícito de la impotencia de las fuerzas revolucionarias para transformar el mundo.

La mejor forma de someter a crítica la ideología imperialista de la globalización es ofrecer un estudio del capitalismo contemporáneo en su condición de capitalismo monopolista de Estado que avanza hacia la transnacionalización. No se trata exclusivamente de ofrecer una “respuesta ideológica” –necesaria, sin duda–, al efecto desmoralizador de semejante ideología, sino también, y ante todo, de *esclarecer las circunstancias históricas concretas en que se desenvuelve la lucha de las fuerzas revolu-*

cionarias en la actualidad. No es indiferente para estas fuerzas la *forma* en que tiene lugar la universalización del capitalismo, sus *contradicciones* inmanentes, las *tendencias* de su desarrollo, los espacios que reproduce y crea para la organización del proletariado y, en general, de los sujetos oprimidos, para la lucha revolucionaria.

En nuestra opinión, la esencia de la metamorfosis histórica que se intenta captar con el término “globalización” puesto de moda tras la bancarrota de la URSS y el campo socialista europeo, se expresa adecuadamente con la idea de la *transnacionalización desnacionalizadora* del capitalismo monopolista de Estado. Se trata de una *transnacionalización* subordinante de la aplastante mayoría de las naciones y pueblos del mundo, no de una *internacionalización* en la que cada pueblo y nación integre su cultura material y espiritual al acervo común de la humanidad, en pie de igualdad con los restantes. El contenido real que se expresa, se encubre o se hiperboliza con el término *globalización* es la *metamorfosis del capitalismo monopolista de Estado en capitalismo monopolista transnacional*²¹, un proceso de ruptura de las barreras nacionales –economías, fronteras geopolíticas,

-
21. La comprensión científica de la formación económico social capitalista es, en importante medida, una conceptualización de sus metamorfosis históricas. *Metamorfosis* es una de las categorías clave de *El Capital*, indispensable para comprender el modo en que se desarrollan sus contenidos, la deducción lógica e histórica que realiza Marx de las diferentes formas económicas, unas a partir de otras. El objeto de la investigación dialéctica –es decir, de la investigación de la sociedad como una totalidad orgánica, como un organismo en desarrollo– se presenta siempre como una *forma*; no como una *forma externa*, sino como una *forma de contenido estructurada*, como una *forma de organización del contenido*. Considerar el objeto de investigación como una forma significa que se le está enfocando en el proceso de su génesis y desarrollo, de su movimiento histórico, no de un simple cambio coyuntural. Este movimiento histórico es el de la metamorfosis (la transformación, la transfiguración). Con la categoría *metamorfosis* se expresa el *proceso de cambio de la forma*, a partir de un mismo *fundamento*, una misma *sustancia*, una misma *esencia*: justamente el *proceso*, no sólo el *resultado*. A nuestro juicio, esta categoría –probablemente la más utilizada por Marx en sus obras económicas, junto con las de *forma* y *forma metamorfoseada*, con ella emparentadas– es la más adecuada para explicar los cambios históricos en la esencia del capitalismo, en particular, el cambio de forma del capitalismo monopolista de Estado al cual asistimos en la actualidad. En relación con esta poderosa categoría del pensamiento dialéctico, las categorías de “reestructuración”, “reorganización”, “reconversión” y otras en boga, no pasan de expresar momentos parciales, unilaterales, aislados, de las modificaciones que se operan en el capitalismo contemporáneo.

Estados, códigos jurídicos, culturas e identidades— que obstaculizan el libre desarrollo de los monopolios transnacionales, en beneficio de una élite burguesa que ha logrado apropiarse de la mayor parte de las riquezas del mundo. La concentración monopolista transnacional del capital y el poder político, la transnacionalización del monopolio y del Estado imperialista, constituye la esencia de la metamorfosis del capitalismo contemporáneo y es, al mismo tiempo, el hilo conductor que nos permite desentrañar la embrollada madeja de las “globalizaciones”.

Al plantear el problema en estos términos, el énfasis no se pone en la constatación, hoy día trivial, de la creciente interconexión de los destinos históricos de la humanidad contemporánea, sino, en primer lugar, en el hecho de que *el capital ha alcanzado un nivel transnacional de concentración, cuya forma dominante y cuyo sujeto fundamental es el monopolio transnacional, personalizado en una nueva oligarquía, la burguesía financiera transnacional*; y, en segundo lugar, en la *ley del desarrollo desigual* inherente al modo de producción capitalista, en particular, a su fase imperialista, *en la constatación de la forma antagónica en que tiene lugar el proceso de universalización de las relaciones económicas, políticas, sociales e ideológicas*, es decir, en el reconocimiento de que este proceso transcurre bajo el signo de la explotación del trabajo asalariado y la marginación subordinante de franjas crecientes de la población mundial, y en medio de agudas confrontaciones económicas y políticas entre las diferentes clases y sectores sociales, nacionalidades, naciones y regiones, entre los diversos espacios geoeconómicos y en el interior de ellos, entre los diferentes sectores de las burguesías y en el interior de estos sectores.

Lo anterior supone, en primer término, deshacer el mito de que, desaparecido el campo socialista eurosoviético, el mundo asiste a un proceso inexorable de universalización y homogeneización del capitalismo, a la victoria histórica y a la extensión lógica del sistema de relaciones sociales basado en la compraventa del trabajo asalariado; y consignar, en segundo término, el hecho decisivo de que *la transnacionalización del capitalismo monopolista de Estado no universaliza la relación capital-trabajo, que constituye el fundamento del modo de producción capitalista*, sino, por el contrario, lleva aparejada la acentuación de los efectos sociales de la ley de la población formulada por Marx en *El Capital*, una colosal e insostenible superproducción de población con respecto a las necesidades reales del capitalismo, que no sólo crea la situación paradójica —constatable a partir de estadísticas simples— de

que, en el mundo de la fibra óptica y las computadoras de enésima generación, casi dos terceras partes de la humanidad nunca han levantado un teléfono, y más del 98% de ella jamás ha visto una de las imágenes de *Internet*, sino que convierte en un *estorbo* a la mayor parte de la población del planeta. Un modo de producción cuya condición de existencia es la destrucción de los modos que le precedieron en la historia, está obligado a perpetuarlos, en un proceso de inclusión excluyente, antinatural y preñado de contradicciones escandalosas.